

La columna del director

En su discurso del 8 de diciembre (1867), pronunciado en la apertura del Congreso de la Unión, Benito Juárez hizo una digna apología de los mexicanos. “El pueblo..., con su patriotismo, su valor y su constancia en la lucha, afirmó el Benemérito en esa ocasión, ha salvado su independencia y sus instituciones. En vano pretendió la intervención monárquica destruir a la República y a su gobierno. La intervención desapareció, combatida por el pueblo, quedando en pie la República, más fuerte en el interior y más considerada en el exterior”.

Habíase registrado en solar mexicano la fiera batalla —cinco años antes, un 5 de mayo—, entre la demoleadora apariencia de un destino angustiosamente trágico, impuesto desde los avernos del alma, y las fuerzas de la libertad que hicieron, de la tragedia, himno de gloria y salvación; y en este cambio, entrelazado con las peculiares esencias del hombre, hállase uno de los más profundos secretos de su historia. Quizá la tragedia es el escenario propio del infortunio en cuanto que todo lo abrasa inevitablemente el fuego de la muerte, según la visión tradicional de los griegos. De esta clase son el Edipo de Sófocles, la Ifigenia en Aulide, la Hécuba de Eurípides, anota Hugo Blair en su bello *Compendio de las Lecciones sobre la Retórica y Bellas Letras*, puesto que, agrega, las tragedias griegas fúndanse en sólo el destino, y en infortunios implacables, mezclados con oráculos y venganzas de los dioses. Pero la tragedia —el camino a la muerte— detiene su marcha en la historia universal en la medida en que los pueblos tramontan ambiciones e intereses elitistas en favor de las más altas instancias de su conciencia moral. Si el destino vuélvese libertad y fortuna el infortunio, entonces es posible la multiplicación creadora de una vida social que geste, en su interior, mejores y más puras formas de solidaridad y paz entre las naciones y los individuos. La derrota imperial en los cerros de *Loreto* y *Guadalupe*, cabe la Angelópolis de Zaragoza, es ejemplar en la ecuménica lucha de la vida y su reproducción creadora contra la muerte y la destrucción; o, según su versión ética: entre justicia y libertad y opresión e inequidad. Cayeron éstas a los pies de éstas, el 5 de mayo, como sucedió y sucederá en incontables y victoriosos cincos de mayo de otros tiempos y otros espacios. ◇

Horacio Labastida